repoblada con el nombre de Mallen bajo Alfonso I por los mozárabes de Zaragoza, y cedida luégo á los Templarios. De esta suerte, interrogando y recordando, huyen divertidas las horas; y al declinar la tarde, después de penetrar tres leguas adentro en territorio de Navarra, una deliciosísima alameda indica el término del viaje, y recibe bajo su sombra la barca que va á descansar en el *bocal* á corta distancia de Tudela. Distínguense allí todavía restos de la obra de Carlos V, desígnase el palacio ó casa del emperador marcada con magnífico blasón; y deleita contemplar la cuna del canal y sus aguas, no separadas mas ya distinguidas de las del Ebro, desviarse verdosas y quietas sobre su llano cauce; al par que las del río, aunque sangradas más arriba por el canal de Tauste, siguen blancas y espumosas su libre pero menos benéfica ruta.

Si deseamos ganar otra vez la cercana frontera de Aragón, al Este se nos presenta el prolongado y fértil distrito que toma su nombre de las cinco ilustres villas colocadas en fila de norte á sur, como otras tantas vigías en frente de Navarra. Y en verdad que más de una vez chocaron con toda su furia en aquel lindero las rivalidades de entrambos reinos, y se disputaron palmo á palmo las tierras; y los castillos, que coronan las montañas ó descuellan en el centro de las poblaciones, arrostraron asaltos ó renacieron de sus ruinas. Sin duda no preveían los nietos de Íñigo Arista el funesto empleo dado más tarde en discordias casi intestinas á las fortalezas que contra la arrollada morisma levantaron, cuando confundidos aragoneses y navarros no tenían sino un rey y una bandera. En la extremidad septentrional que el río Aragón atraviesa, y que avanzando entre el valle de Roncal por un lado y entre los de Hecho y Ansó por el otro, participa de la salvaje frondosidad de las comarcas del Pirineo, se levantaban en 1283 tres villas que arrasaron los navarros

nición numantina, mas no por esto dejó el vencedor de exigir rehenes y desarmar á sus habitantes.

aliados de los franceses, Ul, Filera y Lerda, defendida la primera por su fuerte alcázar, y más todavía por el esfuerzo sin par de Jimeno de Artieda. Un lienzo de la torre cayera ya desplomado, lanzábanse los enemigos por la fácil brecha, y el bravo campeón solo y sin armas casi, buscando la muerte en la resistencia, halló reverencia en el vencedor é inmortalidad en la historia (1).

Sós, Uncastillo, Sádava, Ejea y Tauste sobresalen una tras otra á lo largo de la frontera en aquel territorio rico en trigos y ganados, y habitado por ciento y veinte pueblos, el cual empezando por escarpadas cordilleras y ondulando luégo en más suaves colinas, se dilata en fértiles llanuras hasta las márgenes del Ebro. Las cinco pobladas de muy antiguo, y como fronterizas confiadas á la custodia de nobles adalides, las cinco figurando por sus representantes en las cortes del reino entre los caballeros y no entre las universidades por distinción singularísima; las cinco realzan aún su honrada medianía con gloriosos recuerdos de lo pasado. Al pié de la sierra tiende en declive su amurallado recinto Sós reedificada en 980 por su conquistador Sancho Abarca, fortalecida en el mismo siglo con un castillo hoy derruído, ennoblecida por Fernando el Católico que en 1452 había visto allí la luz primera, puesta por Felipe V á la cabeza de las cinco villas en recompensa de su fidelidad. Tiene antiguo palacio, antigua iglesia dedicada á San Esteban encima de otra subterránea con numerosa escolta de oratorios y ermitas, suntuosa casa de ayuntamiento, y elevada torre para el reloj público que era la de homenaje del castillo.

(1) Así refiere el hecho el ingenuo Muntaner en el cap. 111 de su *Crónica*... N' Exemen d' Arteda un cavaller d' Aragó, qui era molt bó cavaller, e parech ho en lo defendre de la torre d' Ull, que tant hi feu que hanch cavaller no poch mes fer en negú feyt d' armes. Si que per la sua proesa restaura á vida ab greu que li sabé, que n' Estatxe maná que per rés no moris, que gran tala seria si aytal cavaller moria, e axi per forsa preserenlo viu. E com lo hagren prés n' Estatxe tramesló á Tolosa al castell Narbonés e 'l maná lliurar an Tozet de Xanxis qui 'l tenía. Puix n' Exemen d' Arteda feu tant per sa proesa, que fugí d' aquell loch, e torná en Aragó; e feu molt de mal, pus fó fora de la presó, á francesos.

Aún permanece sobre un cerro el alcázar que da nombre á Uncastillo agrupada en semicírculo al rededor suyo; grandiosas torres y restos de pórticos pregonan su robustez y magnificencia primitiva, dándole orgullo para derivar su origen de los godos ó romanos y para no dar á Sancho Abarca sino el nombre de restaurador; la sala *del rey*, adornada con singular y antiquísima chimenea, presenció el secreto tratado de 1363 en que dos políticos á cual más tortuosos, el rey de Aragón y el de Navarra, se aliaron contra Pedro de Castilla. Venerables ermitas que fueron parroquias siembran el delicioso valle de Uncastillo surcado por dos riachuelos, anejas todas ellas á la colegial honoraria de Santa María la Mayor cuya fundación en 1135 auxiliaba con sus donaciones Ramiro II: desde allí al través de colinas y costeando el Riguel, conduce el camino hasta Sádava la de los numerosos rebaños y vacadas. Mas ¿por qué poco solícita de sus recuerdos abandonó su primitivo asiento, y deja del otro lado del río derruirse su castillo y una antigua parroquia? Pedro IV intentó vender por 700 florines á Francisco de Vilanova la villa que desde un siglo estaba incorporada á la corona; y tras de prolongado litigio, absuelta Sádava del feudal vasallaje por el rey Martín, se trasladó á la opuesta orilla buscando un suelo exento hasta de la memoria de servidumbre. Una explicación no menos interesante, pero bien distinta, tienen las ruinas de un monasterio que en el Bayo camino de Ejea poco hace aparecían: habitábanlo cistercienses instituídos por Ramón Berenguer en 1146; y acusados en 1280 de traición é inteligencia con los navarros, sobre entregarles el castillo del lugar, fueron presos los monjes y asolada su mansión y el pueblo.

Vence Ejea en importancia á sus compañeras, cercada de frondosas alamedas junto al confluente de los dos brazos del Arba, y ostentando en anfiteatro su regular caserío, compartido un tiempo en seis parroquias, de las cuales subsisten dos, San Salvador y Santa María, de fábrica ojival, marcadas con el lábaro, otras se trocaron en conventos, que había dos, además

del antiquísimo de Franciscanos fundado desde mediados del siglo XIII. Entre los vascones presume haberse llamado Setia; de los moros muestra unos algibes y la torre *azuda;* recuerda su libertamiento por Alfonso I en 1110 con el auxilio de guerreros franceses, la cesión de sus diezmos con este motivo á los benedictinos de Selva Mayor en Aquitania, la solemne coronación imperial de su conquistador, las cortes de 1265 y 1270 poco gratas las dos á Jaime I, aquellas por las concesiones que hubo de otorgar á los ricoshombres, estas por las discordias irreconciliables de sus hijos. En aquellos siglos Ejea fué cabeza de una de las cinco *juntas* ó distritos de Aragón; su recinto superior llamado *la corona* y poblado en 1137 por Ramiro II, era tenido por inexpugnable; y el sobrenombre que se le añadió *de los Caballeros*, aunque no date sino del siglo XV, revela la clase de sus primeros pobladores.

De las cinco villas la más meridional y la más populosa es la de Tauste, asentada sobre la meseta de un cortado peñón, desde la cual baja por dos vertientes al norte y al sudoeste, extendiéndose por el fecundísimo llano. Por un lado lo riega el Arba, por otro el canal derivado del Ebro, que á pesar de recorrer ocho leguas y diversos pueblos, toma el nombre peculiar de la villa por la gracia de abrirlo que le concedió el Emperador en 1529. Sobre la vistosa perspectiva de no menos de nuevecientas casas cimbréase gentilmente la octógona torre de Santa María, bordada de arabescos de ladrillo con más profusión que el ábside del gótico templo, formando grupo con el torreón y extensa galería de las monjas de Santa Clara; y más abajo la de San Miguel sobre un robusto primer cuerpo cuadrado domina su barrio con menor ligereza. Los monumentos de Tauste, sin embargo, no corresponden á la antigüedad de la villa, que estaba situada más al sur, según indicios, al otorgar á sus pobladores Ramiro II con el conde Ramón su yerno el notable privilegio de 28 de Abril de 1138. Que existió en poder de los moros y que les fué tomada en 1108 ó al siguiente año, las historias

arábigas lo comprueban (1). Ganóla el esfuerzo de D. Bachalla, á quien Sancho Ramírez había ya dado en 1091 la villa de Luna al repoblarla: desde entonces sus descendientes tomaron el apellido de Luna tan extendido en sus ramas y á tantas glorias y vicisitudes enlazado; y su brillo refluyó en el de aquella población, que no por dejar de contar en el número de las cinco es menos considerable en la actualidad, ni menos ilustre en lo pasado según indican sus templos del siglo XII (2).

Al otro lado del Ebro y al sur de la frontera navarra, se recuesta Borja en la falda de una colina, al pié de las ruinas de su castillo, en medio de su reducido pero fértil y poblado territorio: las aguas del humilde Huecha dan variedad, abundancia y celebridad á sus frutos por lo delicados, y sombra el arbolado á sus deliciosos paseos; las torres de sus parroquias y conventos la coronan como una de las doce ciudades aragonesas. Á Santa María, elevada por el papa Nicolao V á colegiata en 1449, acompañan las parroquias de San Miguel y San Bartolomé; á franciscanos, á agustinos recoletos, á capuchinos y dominicos echan de menos sus vacíos claustros, mientras pueblan todavía los suyos las religiosas de Santa Clara y las descalzas de la Concepción. Carecen en verdad sus iglesias de atractivos bastantes para detener al artista que de paso la atraviesa indiferente ó presuroso: pero la historia reconoce su celtíbero origen y su etimología derivada de la antigua Bursao (3), regístrala ya con su mismo nombre de ahora en los anales sarracenos á fines del siglo IX, y le da la prez de haber tenido por conquistador al insigne Alfonso I y por primer señor á D. Pedro de Atarés deudo

(1) «El rey Alfonso, dice Conde, part. III, cap. 24, refiriéndose al año 502 de la Hégira, aunque muy ocupado en guerras con otros cristianos, entró por riberas del Ebro, y tomó Tauste, Bûrges (Borja) y Magalía (Magallón).»

(2) Consta que en 1111 fué consagrada en Luna la iglesia de Santa María y en 1179 la de Santiago, ambas por el obispo de Zaragoza.

(3) La *Bursao* de Tito Livio y de Plinio es sin duda la *Bursada* de Ptolomeo que se transforma muy naturalmente en Borja; no así *Balsio* ni *Belsione* ni *Belsinum*, que ni en la situación ni en el nombre convienen con dicha ciudad.

del monarca y probablemente sucesor suyo, á no haber desconcertado la elección de las cortes reunidas en su misma villa su altivez prematura ó la intriga de dos barones enemigos (1). Atarés no ciñó la real diadema, pero una estirpe nobilísima á que la villa dió apellido, aunque implantada en Játiva, llenando de su grandeza la Italia y la España con mejores auspicios en esta que en la otra península, ciñó más adelante la corona ducal de Gandía, ciñó dos veces la tiara, ciñó en uno de sus miembros la inmortal auréola de santidad.

El conde Ramón Berenguer no consintió que por el testamento de D. Pedro de Atarés pasara Borja á los Templarios, é indemnizándolos con otros dominios, la dió á D.ª Teresa Caxal madre del difunto para que ella y sus parientes la poseyesen á nombre de la corona. Dos siglos continuó unida á ella, hasta que se vió desprendida por algún tiempo, no sólo del señorío real, sino de la propia monarquía. En Marzo de 1357 se concentraban al rededor de Borja las fuerzas rivales de Aragón y Castilla, é iba á estallar el odio recíproco de los dos Pedros, cuando impusieron momentáneas treguas los legados pontificios. En Marzo de 1363 la villa apremiada por los castellanos, después de aguardar en vano los socorros del rey por algunos días, rindióse según los del castillo y judería tenían concertado, quedando presos sus defensores Berenguer Carroz y Pedro Jiménez de Samper. Y en Marzo de 1366 desampararon la plaza los invasores á la aproximación de la hueste de Beltrán Duguesclin, á quien Pedro IV en Barcelona había hecho merced de la villa de Borja con título de condado. Teníala por aquel adalid en 1367

(1) Eran estos Pedro Tizón y Pelegrín de Castellezuelo, quienes aguardando la hora en que Atarés se hallara en el baño, se presentaron en su casa con los enviados navarros, y no admitidos por los criados á verle, ponderaron lo desabrido de la respuesta y la altanería del que antes de ser rey usaba semejantes desdenes. Con esto, según la Crónica de San Juan de la Peña, los navarros se volvieron á su tierra para elegir rey propio, y los aragoneses trasladaron sus cortes á Monzón donde fué llamado al trono Ramiro el Monje. D. Pedro Atarés era hijo de García, nieto del conde Sancho de quien hablamos en la pág. 302 de este tomo, y biznieto del rey Ramiro I.

el bretón Oliverio de Manni, cuando el rey de Navarra Carlos el Malo se hizo prender por él simuladamente, espiando al abrigo de la torre de Borja á cuál de los dos combatientes que engañaba se inclinaría la fortuna para adherirse en seguida al vencedor: artificio rastrero sólo comparable á la perfidia de que una vez libre usó con el mismo bretón.

El condestable francés vendió en 1375 la villa por veintisiete mil florines al poderoso arzobispo de Zaragoza; y sin duda habría vuelto á la corona, cuando el rey Martín al subir al trono la dió á su cuñada la viuda de Juan I. De los testamentarios de la reina Violante la compró Alfonso V, dando veinte mil florines ú once mil libras barcelonesas, que pagaron los mismos vecinos á trueque de salir de señoríos particulares. Por gratitud seguramente el monarca desde Nápoles en 1438 erigió á Borja en ciudad, prometiéndole mediar con el concilio de Basilea para que igualmente fuese erigida en obispado; pero hubo de contentarse con llegar á colegiata, con cuya ocasión al templo se le añadió claustro en 1465, facultándose al cabildo para cerrar la entrada llamada de *la Acequia*. Magallón, la vecina de Borja, se ha quedado villa, y sin sufrir absorción, como sin mantener envidiosas competencias, ha seguido en todo trance las vicisitudes de esta, como leal escudero las de su señor.

CAPÍTULO XIV

Tarazona

Hay semblantes que apenas vistos despiertan en el alma misteriosa simpatía: hay lugares que, conocidos de ayer, no abandonamos sin un adiós tristísimo y sin la esperanza de tornar á verlos, y cuyos nombres hasta en el seno de nuestra patria vienen á herir deliciosamente los oídos como la memoria de un amigo ausente. Ni la naturaleza con su majestad ó su sonrisa, ni el arte con sus prodigios, ni la historia con sus colosales recuerdos, alcanzan siempre por sí solas á producir estas íntimas y personales impresiones de caprichoso y desconocido origen: á veces nacen de su armonioso conjunto, pero también á veces la población modesta eclipsa en nuestro recuerdo á la afamada capital, la rústica ermita á la basílica grandiosa, un grupo de árboles cabe un arroyo y un peñasco á los verjeles favoritos de la creación. Desgraciado del viajero que en su larga ruta no ha podido fijar su predilección,